

**Fallo del III CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA ARTES PLÁSTICAS**

**Primer premio:**

Título del trabajo: Destrucción y renacimiento

Autor: Álex Robinson (Profesora jubilada)



**Segundo premio:**

Título del trabajo: Donde estalla el odio, se borda la esperanza

Autora: Paula Salafranca Cocero (Alumna de ICAI)



**Mención de honor:**

Título del trabajo: Ex Tenebris Lux (de las tinieblas, la luz)

Autor: Lara Rius Naranjo (Alumna de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales)



**Fallo del III CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA FOTOGRÁFICA**

**Primer premio:**

Título del trabajo: Honduras, más allá de las maras (4)

Autor: Patricia Chuliá Díaz (Alumna de la Facultad de CIHS)



**Segundo premio:**

Título del trabajo: Silencio compartido

Autora: Yago Baldasano Sayáns (Alumno de 2º de Psicología + ADE)



**Mención de honor:**

Título del trabajo: Tic Tac. Plantéala

Autor: M<sup>a</sup> Luisa Expósito Cárceles (PAS EUEF)



## Fallo del III CONCURSO DE ARTE CON IMPACTO / CATEGORÍA LITERARIA

### **Primer premio:**

Título del trabajo: Frecuencias

Autor: Jaime Ruiz-Huerta Martínez (Alumno de 3º del grado en Ingeniería Matemática e Inteligencia Artificial)

Modalidad: Narrativa

### **FRECUENCIAS**

#### **Matthew**

Hay quien encuentra tranquilidad en la sencillez del silencio. Para mí, no hay nada más relajante que estar en el centro de un espectáculo de ondas vibrando a distintos ritmos y recorriendo todos mis sentidos, cada una con su propia frecuencia y color. Cuando me senté sobre el césped de una colina del parque y cerré los ojos, lo sentí. El espectro sonoro audible, en su totalidad, estaba repartido entre los elementos que formaban la escena. Me concentré en distinguir los componentes de esta orquesta que sonaba solo para mí.

La familia de fresnos alzándose detrás de mí se encargaba de las frecuencias medio-altas, con el leve silbar de sus hojas y ramas bailando y acariciándose entre ellas, animadas por una mañanera brisa norteña. Las frecuencias medio-bajas, en cambio, vivían en la cascada de la zona oeste del parque. El impacto del agua contra las rocas llenaba el espacio de un murmullo líquido y fresco, como el que susurra el mar al envolverte en una de sus olas. Las tímidas frecuencias graves solo se dejaban escuchar cuando algún balón impactaba contra la valla metálica que rodeaba el campo de fútbol. Entonces, por el aire viajaba una lenta oscilación que compartía ritmo con la frecuencia natural de mi corazón, provocando en él un breve y agradable temblor.

Por otra parte, las rodaduras de las dos bicicletas que cruzaban el parque tejían las frecuencias medias encargadas de marcar el compás de la canción. Por encima, un búho solista tarareaba su peculiar melodía de dos notas, esforzándose por mantener el ritmo. En cuanto a las frecuencias altas... ¡Qué maravilla! Estas estaban cubiertas por el cantar de la enorme variedad de pájaros que habitan el parque. Gorriones, mirlos, jilgueros...

Todos se habían coordinado para regalarme una sinfonía que poco tenía que envidiar a las espléndidas obras de Le carnaval des animaux de Camille Saint-Saëns.

“Soy libre”, pensé. Ojalá el mundo entero pudiera sentir lo que siento ahora mismo: esta libertad íntima y eufórica. En ese mismo instante, una imagen brotó en el interior de mis párpados. La misma cara que tantas veces me

había visitado en sueños. Aquel muchacho de ojos azules y pelo rapado, con una fina cicatriz atravesando su mejilla derecha. Su rostro, asustado y tembloroso, se sumergía en la negrura de mis párpados a la vez que se difuminaba. De su boca escapaban decenas de burbujas que ascendían con rapidez hasta la superficie, donde estallaban una tras otra. Cuando la última se rompió, todo quedó en silencio. Suspiré. Debo olvidarlo.

Abrí los ojos, ahora humedecidos, y al secármelos me llevé una agradable sorpresa. El paisaje mostraba ante mí todos los colores del espectro visible, como el bello plumaje de un pavo real en pleno despliegue. Miles de millones de ondas, como minúsculas cuerdecillas, bailoteaban de un lado para otro cargadas de energía, hasta atravesar mi retina, envolver mi cerebro y apretar, exprimiendo en mí una sensación de gozo difícil de contener.

Las frecuencias vivas del verde primaveral, presentes en el césped, los árboles y los arbustos, estos últimos decorados con brotes de pequeños escaramujos rojos. Las ondas brillantes del azul del cielo escurriéndose entre las ramas de los árboles y contrastando con la rica mezcla de frecuencias que habitan el blanco de las nubes. Las frecuencias anaranjadas que vestían a aquella curiosa ardilla de enfrente, observándome expectante con dos bellotas escondidas entre las mejillas. Y finalmente, el pequeño y delicado jardín de violetas frente al lago que aportaba sus atrevidas frecuencias altas.

—¡Quién fuera pintor, para regalarle al lienzo tu belleza y sabiduría! —grité al viento, mientras alzaba los brazos.

—Perdone que le interrumpa —dijo una voz femenina a mi derecha.

Me giré para ver la figura de una mujer esbelta y de cabello largo a contraluz.

—¿Es usted Matthew Marlowe?

Noté un matiz extranjero en su voz cuando pronunció mi nombre, un acento que reconocí al instante.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Me llamo Salma. ¿Podemos hablar un momento?

Salma (I)

Por el aire de la sala corría un olor a café y pastelitos de crema ya característico de las reuniones de los miércoles. Nos habíamos quedado sin sillas, así que los que iban llegando se sentaban en el suelo de roble.

—¡Genial! —dije—. Pues ahora voy a hablaros un poco más de mí.

La sala se quedó en silencio y todos me miraron.

—Llegué aquí hace unos... veinte años. Antes vivía en Zahan. El conflicto empezó cuando era tan solo una cría dando sus primeros pasos. Y de esa etapa ahora solo me quedan algunos recuerdos incompletos —me acomodé en mi silla y continué—. Por ejemplo, sé que en Zahan se podían escuchar todo tipo de ruidos. Por la noche... siempre estaban esas frecuencias medias de la gente caminando sobre los escombros de los

edificios, que no me dejaban pegar ojo. O la radio, en la que a veces se escuchaba alguna canción extranjera entre el ruido blanco y las voces distorsionadas.

Vi que algunos asentían con la cabeza.

—Los niños jugaban al fútbol con una botella aplastada y polvorienta; nunca faltaban esos gritos agudos por las mañanas. Bueno, y el ruido del viento, tan frío, que soplaba por las ventanas rotas y me erizaba la piel. Escuché estas frecuencias miles de veces de niña, pero se me han ido borrando de la memoria —fruncí el ceño—. Ahora solo quedan las otras... las graves.

—¿Y esos qué ruidos son? —preguntó un chiquillo, sentado sobre las piernas de su madre.

—Son los que viajaban kilómetros... Los que hacían que las piedrecillas del suelo saltaran, y que nosotros nos abrazáramos y cerráramos los ojos. En mi cabeza aún retumba el eco de las explosiones que cada día sonaban más y más cerca.

Me detuve un momento para mirar alrededor en la sala, llena de caras nuevas.

—Con los colores... —continué— pasa algo parecido.

Cerré los ojos un momento.

—El marrón estaba en todos lados. En los edificios, el suelo... también en la tierra que se quedaba entre nuestras uñas. Cada noche encendíamos un fuego sobre un barril para calentarnos. Ahí encontrábamos esos tonos rojos y naranjas tan brillantes —hice una pausa y miré al techo—. Aquella bombilla gastada que casi nunca funcionaba... era amarilla, aunque de un tono muy débil. Bueno, y también estaba el verde de algún brote que salía de una grieta, o el azul del cielo que alguna vez vimos entre las nubes negras.

—Pero ahora que intento recordar estos colores... lo veo todo gris. Un gris deprimente como el del humo y el polvo que cubrían cada rincón de Zahan. Como si alguien hubiera pasado un trapo sucio sobre todos mis recuerdos.

Me quedé en silencio. El único sonido que se escuchaba era el del tráfico de fuera.

—¿Y cómo llegaste aquí? —preguntó un chico joven del fondo.

—Me alegra que lo preguntes, Karim —respondí, sonriéndole levemente—. No me acuerdo de los detalles... pero sí de estar en un barco con muchas caras desconocidas, lejos de mi familia. Recuerdo ver un montón de hombres uniformados hablando un idioma raro, y un olor fuertísimo a algas secas en la costa.

—¿Cuántos años tenías?

—Once, creo. Me llevaron de un lado para otro hasta que acabé en un centro de menores del extrarradio. Ahí hice amigos, aprendí el idioma, y bueno, me hinché a gachas, el único plato que servían; comí tantas que se me olvidó que la comida solía tener sabor.

Vi algunas sonrisas de complicidad en la sala.

—En fin, pasaron los años y crecí. Aunque siempre me costó juntarme con la gente de aquí. No sé, de algún modo... pensaba que no era mi sitio. Que no lo merecía.

Se hizo el silencio de nuevo en la sala.

—Ya era adulta cuando fundé esta asociación con otros diez refugiados de Zahan—dije, abriendo los brazos y mirando alrededor—. Y ya lo veis. Aquí nos apoyamos y nos ayudamos como podemos. No sabemos cuánto va a durar el conflicto. Pero, en fin —me encogí de hombros—. Aquí estamos. Y mientras dure, aquí seguiremos.

Cuando la reunión terminó me quedé charlando con algunos de los que habían llegado nuevos. Estaba recogiendo mis cosas para marcharme cuando Norah Jinbey entró por la puerta, dejándonos boquiabiertos a todos. La joven Norah es la activista referente para muchos de nosotros. ¡Ha logrado cosas increíbles! Caminó hacia mí con sus dos coletas rubias bailando cada paso, y me pidió hablar en privado.

—Quiero llevar ayuda a Zahan —dijo, con convicción.

Su plan era llenar una flotilla con ayuda humanitaria, y subir a bordo a todas las personas que cupieran, ella incluida. Navegar hacia Zahan y retransmitir toda la operación en directo en sus redes sociales, hasta llegar a la costa, o ser interceptados.

—Y esto... —dije—. ¿No es demasiado peligroso?

—El mundo entero estará mirando. Hay riesgos, claro. Pero esta es la mejor forma de hacernos oír.

Norah mostró una sonrisa amplia, y yo asentí en silencio. No pude pensar en otra cosa el resto del día. ¿Volver a Zahan? Hacía años que no se me pasaba por la cabeza. Sentía una presión en el pecho y un cosquilleo raro en el estómago al pensarlo. Me pasé la noche en vela frente al ordenador, investigando al respecto. Navegué por internet, y había un nombre que no paraba de salir. Matthew Marlowe. Ex-marinero, actual director de Operaciones Marítimas en la ONG Unión Internacional de Flotillas en Acción (UIFA). Un historial impresionante de flotillas coordinadas en zonas de conflicto y operaciones internacionales. Según leí, “la única persona capaz de acceder mediante diplomacia a cualquier rincón del mundo”. Era justo lo que buscaba.

A la mañana siguiente estaba inquieta, no podía quedarme en casa. Me acerqué a la sede de la UIFa. Antes de entrar, le reconocí sentado en una colina del parque de

enfrente. No quería molestarle, pero esta manera de esquivar todas las capas de burocracia que habría tenido que atravesar preguntando en la sede fue suficiente tentación.

—Perdone que le interrumpa —dije.

Se giró hacia mí y le pude ver con claridad. El sol le daba en la cara. Era alto y de aspecto descuidado, con el pelo largo y alborotado y una incipiente barba de unos tres días, diría que más por olvido que por estética. Tenía un tatuaje de un ancla en forma de corazón en su antebrazo izquierdo. Bonito, sí, aunque supongo que un poco tópico para un marinero convertido en director de ONG.

—¿Es usted Matthew Marlowe?

—Sí. ¿Nos conocemos? —respondió con una voz grave y articulada.

—Me llamo Salma. ¿Podemos hablar un momento?

Salma (II)

Subimos a su despacho. Era tal y como me lo imaginaba. Libros de geopolítica desparramados por el suelo, montañas de mapas con rutas dibujadas a rotulador rojo, una figura de un pez espada colgada en la pared, alumbrada por los rayos de luz que se colaban por la persiana semicerrada. Además, se olía un suave aroma a tabaco que delataba que la colección de pipas sobre su estantería no era simple decoración. Se sentó y juntó las manos frente a la boca, en silencio.

—Es imposible —dijo.

—¿Cómo que imposible?

—Nunca nos dejarán pisar la costa. El conflicto está en un punto... delicado, desde los ataques del año pasado. Navegar por las aguas territoriales de Zahan sin permiso es como sumergirte en un banco de tiburones con una herida abierta.

—No necesitamos llegar a la costa. Los barcos podrían ser capturados, sí. Pero tendrán que liberarnos.

—¿Y eso por qué? —dijo cruzando los brazos.

—Por la presión mediática. Norah estará ahí. Nuestros barcos aparecerán en todos los telediarios y periódicos, millones de personas lo verán en directo. ¿Norah Jimbey...? ¿En Zahan? ¡Boom! Imagínese todos esos titulares, será impresionante.

Matthew se inclinó sobre su silla y miró al techo.

—No existe garantía suficiente. Nos podrían atacar.

—Sí... pero no podrán esconderlo si lo hacen. Y esta vez no saldría en un informe meses después, se vería todo en directo.

—Aun así, no encontraremos gente suficiente para llenar la flotilla.

—Lo intentaremos. Muchos miembros de mi asociación ya están entusiasmados.

Matthew se levantó de golpe y se acercó a la ventana con las manos en la espalda. El suelo del despacho crujía un poco con cada paso.

—Salma... no es una operación nada fácil. Estamos poniendo vidas humanas en juego. ¿Podría soportar la culpa de un final trágico?

Dudé por unos instantes.

—Y... ¿qué hay de las vidas de la gente de Zahan? Miles están muriendo cada año. Tal vez no podamos acabar con la cruel situación que están viviendo, pero tenemos la oportunidad de exponerla ante el mundo entero. ¿Y no vamos a aprovecharla?

Se quedó en silencio, mirando el parque entre las rendijas de la persiana.

—La gente de mi asociación sabe bien lo que es vivir bajo la violencia constante de Zahan —dije—. Y aun así queremos volver. Queremos que en nuestra tierra vuelva a haber paz y libertad, después de tantos años de lucha.

Tenía la cabeza hecha un lío cuando volví a la asociación. ¿Habré sido demasiado directa con él? Seguro que piensa que me falta seriedad, y que soy impulsiva. Y quizá tenga razón. Quizá todo esto sea una mala idea. En todo caso, estaba demasiado agotada como para darle más vueltas. Me senté en mi escritorio y al rato me quedé dormida. Soñé con ellos... papá, mamá, mi hermanita, aún sin nombre cuando me fui. No recuerdo lo que pasaba en el sueño, pero fue cálido y acogedor. Me desperté con el repentino sonido del teléfono fijo, y al cogerlo reconocí la voz del hombre con el que había hablado por la mañana.

—¿Salma?

—Sí, soy yo —respondí con la voz ronca de recién despertada.

—Es sobre el plan de la flotilla... Lo haremos.

Salma (III)

Las siguientes semanas pasaron volando. Reunimos al equipo para definir la ruta, las estrategias, y encontrar los barcos y suministros. Después vinieron los diálogos con otras organizaciones y los permisos, nunca fáciles de conseguir —recuerdo reírme viendo

a Matthew dar voces por teléfono repitiéndole a un bot lo mismo una y otra vez. Finalmente, preparar a los que viajarían con nosotros y establecer protocolos de seguridad. Casi sin darnos cuenta, estaba todo listo y ya teníamos fecha de salida.

Y el día llegó. Recuerdo esa multitud enorme de gente aplaudiéndonos desde el puerto mientras zarpábamos. Cinco barcos, en los que íbamos subidos ciento siete personas, surcaron el Mar del Este durante seis días tormentosos.

Al atardecer del sexto día hacía por fin un tiempo agradable, y las olas del mar mecían suavemente el barco. Vi a Matthew apoyado en la barandilla de popa, mirando al agua. Me acerqué a hablar con él.

—Matthew... ¿Todo bien? Desde esta mañana estás que no estás. Sabes que lo que dije de tu tatuaje iba en broma, ¿no?

—Estoy bien —dijo sin mirarme—. Es solo... No lo sé, me gusta mirar al mar.

—Dime qué te pasa, anda.

Me puse a su lado, y noté una lágrima deslizándose por su mejilla.

—Yo no... no me puedo permitir que todo se repita, Salma.

Hubo un silencio de unos segundos; yo escuchaba atentamente.

—Ocurrió la última vez que me subí a una flotilla... Se ahogó. Y no pude hacer nada. Era mi responsabilidad y él se ahogó delante de mí —hizo una pausa—. Ahora paso mucho tiempo mirando al mar, como si... no sé, como si de algún modo todavía pudiera subir a la superficie.

Me quedé en silencio, mirando cómo se cubría los ojos con la mano.

—Matthew... —dije en voz baja—. Yo...

Levantó la vista hacia mí. Noté cómo se me contagiaban las lágrimas poco a poco.

—Crecí sintiendo algo parecido —dije—. Recordaba a mi familia y pensaba... que yo debería seguir en Zahan. Que este no era mi sitio. ¿Por qué me tocó a mí, y no a ellos? Me imaginaba a mis padres en la costa, mirando al mar... esperando que me trajera de vuelta.

—¿Y cómo lo superaste? —dijo con voz entrecortada.

—Bueno... nunca lo he superado del todo. El mar se queda con muchas cosas. Algunas las devuelve, y otras... se quedan en el fondo. Pero en ambos casos, quedarse mirándolo no cambia nada. Por eso estamos todos aquí, ¿no?

Después de secarnos las lágrimas nos dimos un abrazo fuerte, que duró unos segundos. Entonces sonó una voz desde la cubierta.

—¡Ahí está! ¡Hemos llegado!

Matthew y yo corrimos a la proa y contemplamos el paisaje borroso de una tierra a lo lejos. En ese momento, podría haberme distraído con las frecuencias de las olas chocando con el casco del barco, o las del zumbido grave que sonaba desde algún lugar a lo lejos. Podría haberme fijado en esas frecuencias del gris ceniza esparcidas por el aire, o en las del contorno anaranjado de las nubes dibujado por el sol que se escondía detrás de Zahan. Podría haberme quedado en cualquiera de ellas. Pero no. Cerré los ojos y escuché el latido de más de cien corazones sintonizados, entrelazados, latiendo todos con una misma frecuencia.

No sé si fue por un segundo o por diez minutos, pero, perdida en ese ritmo tan íntimo y envolvente, me sentí más protegida que nunca.

## EPÍLOGO

El conflicto en Zahan terminó dos años después, tras meses de negociación y presión internacional que llevó a ambos bandos a firmar un alto al fuego. Miles de refugiados pudimos volver a casa y abrazar a nuestras familias después de tantos años.

En cuanto a la flotilla... nuestro barco se hundió. Pero no hubo heridos, contábamos con suficientes botes salvavidas como para cargar con la tripulación entera. Al parecer, un disparo que pretendía servir como advertencia se desvió y penetró la estructura. Matthew gritaba órdenes y corría de un lado para otro. El agua se filtraba rápidamente por la herida del casco. Después de eso, recuerdo ver el barco sumergiéndose en el mar a lo lejos. El resto de los barcos de la flotilla tuvieron que dar media vuelta, pero salieron ilesos. Quedamos siete minúsculos botes rodeados por un mar infinito esperando a que vinieran a recogerlos. El bote de Norah pasó junto al nuestro.

—¡Eh, Salma! ¡Tienes que ver esto! —gritó.

Me lanzó su móvil, que por poco se me cae al agua. Con la última barrita de cobertura que quedaba en el océano, la pantalla mostraba las noticias en directo. Matthew y yo nos quedamos mirándolo, sin podérselo creer del todo: millones de personas habían salido a la calle para unirse en una manifestación improvisada, pidiendo acción internacional y el fin de la violencia en Zahan tras presenciar el ataque a la flotilla. Para muchos países, fue la mayor manifestación por la paz en Zahan hasta entonces.

Algunos dicen que la misión marcó un punto de inflexión en el conflicto. Otros, que fue una insensatez y una locura sin sentido. ¿Yo? No lo sé. Pero ver tantas almas unidas luchando con un mismo objetivo me hizo sentir, aunque fuera por un instante, que el mundo entero estaba de nuestra parte. Para mí, eso es más que suficiente.

### **Segundo premio:**

Título del trabajo: Experto en calzado

Autora: Diego Cedón Blanco (Alumno de 5º de E5)

Modalidad: Microrelato

### **Experto en calzado**

Era experto en calzado. Los había elegantes: zapatos de oficinista, con hebilla y relucientes por

el charol. Éstos golpeaban con fuerza el hormigón, una pisada segura y con prisa. Stiletos de tacón fino, víctimas de una zancada suave y elevada, preocupada por

no pisar una junta o grieta que terminase con ese firme equilibrio. Diseños y formas de todo tipo: botines, cuñas, mocasines, sandalias para el verano, deportivas de colores estridentes que rebotaban velozmente contra el asfalto...

Cada día y a todas horas, desde hacía ya varios meses, observaba. Fijo en un mismo lugar, haciendo de esa calle un hogar familiar y, sin embargo, sintiéndose perdido, entre mareas de personas, entre miles de caras. Bajo ese portal y sobre ese cartón, pasaba de largo el calzado como oportunidades perdidas, o como oportunidades por conocer. Calzado movido en una dirección, por un destino al que llegar, y él, ahí, fijo entre todos esos destinos.

En su borrosa presencia, sentía compañía pensando en que había miles como él. Soñaba con que, algún día, un par de zapatos se detuviese junto a su cartón, y alzando la vista encontrase una sonrisa, algo que le confirmase que no era invisible, que seguía allí.

En nombre de Vía